

La cárcel y el poeta

(A la memoria de Miguel Hernández)

*"(Lo que ya sucedió y aquí sucede,
sucede todo junto a un lento río
donde flota la vida de la muerte.
La tierra que divide no es ya tierra,
que es taladro, garganta solamente
para tragar la muerte de la vida,
para tapar la vida de la muerte.
Lo que pasa por él es lo que pasa;
lo que enmudece en él, lo que enmudece.
Si la vida no vive, en él no vive;
si sí la muerte, en él solo la muerte.
Fijo en sus ondas, que no van al mar;
fijo en su brisa, que ni va ni viene.
Crecido sólo si la vida baja,
sólo crecido si la muerte crece.)"*

RAFAEL ALBERTI

*Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.*

MIGUEL HERNANDEZ

La guerra ha terminado, el poeta que se encontraba en Andalucía consigue atravesar la frontera portuguesa. La policía de este país le detiene por indocumentado. Sin ningún escrúpulo ante su condición de refugiado político, es reexpedido a la Guardia Civil española.

Será ya el camino de espinas del calvario. Desde Madrid, es encerrado en la Prisión Celular de Torrijos. José María de Cossío en España, Pablo Neruda en Francia, se interesan por Miguel, que mientras tanto va gestando su más desgarrada y enterrejada obra, esas trágicas "Nanas de la Cebolla", ese impresionante "Cancionero y Romancero de ausencias". Y dibuja, y cose, y compone, y hace ejercicios de inglés sobre papel higiénico. Y recuerda: "El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi niño se sentirá indignado de mamar y

sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas..."

Inesperadamente, sin proceso, y a mediados de septiembre de 1939 es puesto en libertad. ¿Gestiones de Neruda cerca del cardenal francés Baudrillart? ¿Decreto indiscriminado sobre ciertos presos políticos? Buenos amigos le aconsejan que se esconda en una embajada y espere el curso de los acontecimientos. Decide, sin embargo, poner proa rauda a su Orihuela para abrazar uno a uno a los queridos. A la salida de la casa del hermano de Ramón Sijé es detenido y encarcelado en el seminario convertido al margen de su sino, en cárcel. Miguel es de nuevo llevado a Madrid a la prisión del Conde de Toreno. En julio, un Consejo de Guerra le condena a muerte, conmutada por treinta años de cárcel luego de ímprobos esfuerzos de José María de Cossío cerca de José María Alfaro, poeta de la Falange, Sánchez Mazas, Ministro de Gobierno, y el General Varela. Miguel, por no hacer sufrir a Josefina, dice a la mujer morena —luna— derramada hilo a hilo sobre la cuna de su hijo: "Sólo doce años y un día de prisión menor". Para sus adentros, "¿Qué habré hecho yo para merecer tanta cárcel?". Pasamos por alto el comportamiento de sus allegados en este período. En recientes entrevistas, la familia dice que le ayudó cuanto pudo, pero que Miguel tenía las manos rotas y en la cárcel distribuía todo lo que recibía.

Tras un año de cárcel en Madrid, Palencia y Ocaña, es trasladado por presiones de Neruda al Reformatorio de Adultos de Alicante, donde al menos pudo ver a su esposa e hijo. Miguel enfermó ante todo a causa de la mala alimentación carcelaria y sobre todo de la impureza del agua que allí se bebía. Toda esa zona de Levante estuvo assolada muchos años por la fiebre tifoidea. El paratífus se complica luego con tuberculosis pulmonar. Muere el 29 de marzo de 1942 a las cinco de la mañana, con el pecho herido de operaciones a vida o muerte; ¡Tenía poco más de 31 años! (1).

"Ya sabes hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes que para mí, de toda la poesía, tu eras el fuego azul. Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho te escucho, sangre, música, panal agonizante."

PABLO NERUDA

(1) Síntesis histórica extraída de la Antología de Miguel Hernández, cuya selección y prólogo hicieron M. Rodríguez Maciá y Carlos Díaz.

MUERTE NUPCIAL

El lecho, aquella hierba de ayer y de mañana:
este lienzo de ahora sobre madera aún verde,
flota como la tierra, se sume en la besana
donde el deseo encuentra los ojos y los pierde.

Pasar por unos ojos como por un desierto:
como por dos ciudades que ni un amor contienen.
Mirada que va y vuelve sin haber descubierto
el corazón a nadie, que todos la enarenen.

Mis ojos encontraron en un rincón los tuyos.
Se descubrieron mudos entre las dos miradas.
Sentimos recorrernos un palomar de arrullos
y un grupo de arrebatos de alas arrebatadas.

Cuanto más se miraban más se hallaban: más hondos
se veían, más lejos, más en uno fundidos.
El corazón se puso, y el mundo, más redondos.
Atravesaba el lecho la patria de los nidos.

Entonces, el anhelo creciente, la distancia
que va de hueso a hueso recorrida y unida,
al aspirar del todo la imperiosa fragancia;
proyectamos los cuerpos más allá de la vida.

Expiramos del todo. ¡Qué absoluto portento!
¡Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,
desplegados los ojos hacia arriba un momento,
y al momento hacia abajo con los ojos plegados!

Pero no moriremos. Fue tan cálidamente
consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos. Somos plena simiente.
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada.

MIGUEL HERNANDEZ

MIGUEL HERNANDEZ

Lorenzo Saval

LAS CARCELES

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

No se ve, que se escucha la pena del metal,
el sollozo del hierro que atropellan y escupen:
el llanto de la espalda puesta sobre los jueces
de cemento fangoso.

Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,
el casco de los odios y de las esperanzas,
fabrican, tejen, hunden.

Cuando están las perdices más roncas y acopladas,
y el azul amoroso de fuerzas expansivas,
un hombre hace memoria de la luz, de la tierra,
húmedamente negro.

Se da contra las piedras la libertad, el día,
el paso galopante de un hombre, la cabeza,
la boca con espuma, con decisión de espuma,
la libertad, un hombre.

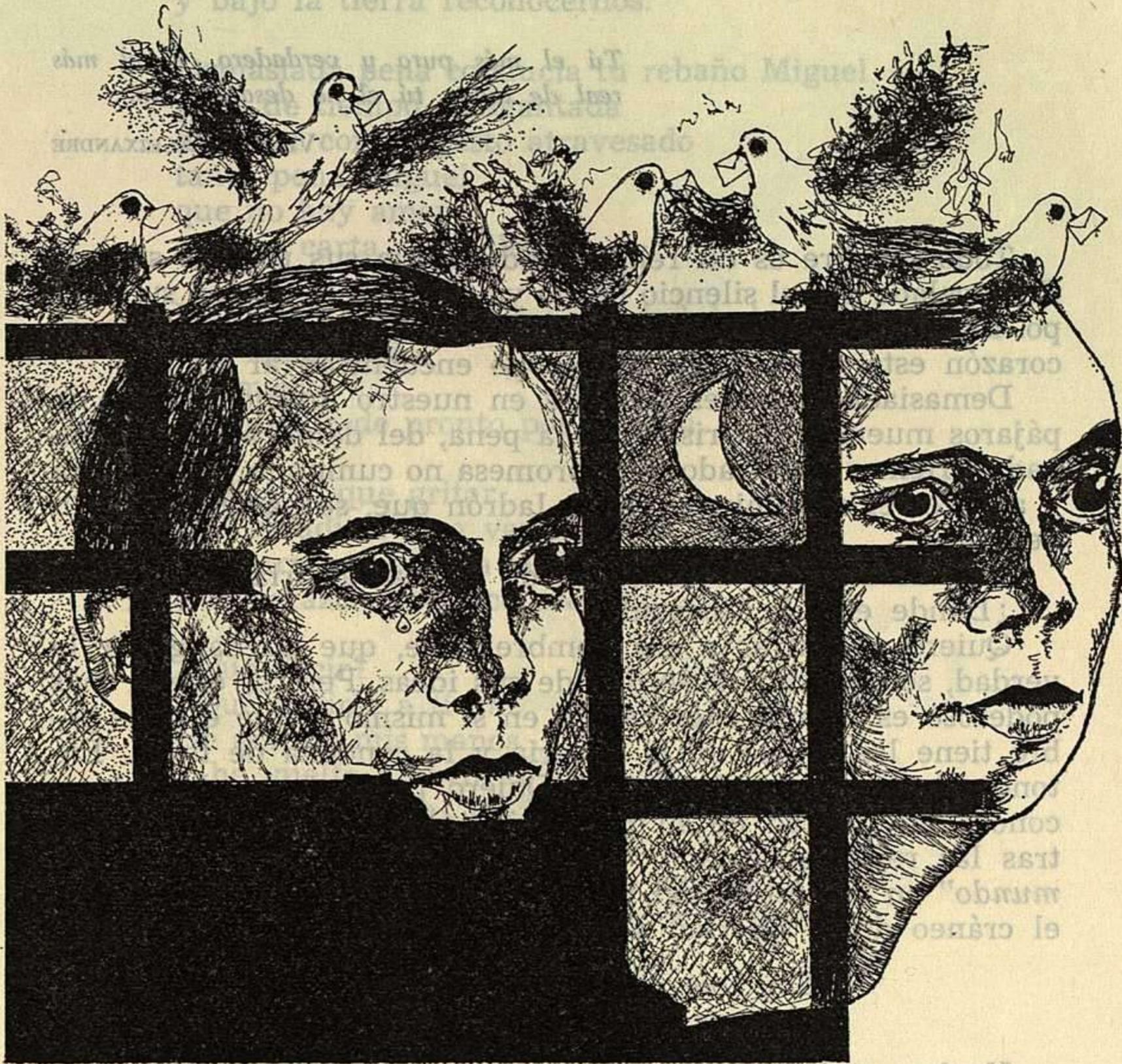
Un hombre que cosecha y arroja todo el viento
desde su corazón donde crece un plumaje:
un hombre que es el mismo dentro de cada frío,
de cada calabozo.

Un hombre que ha soñado con las aguas del mar,
y destroza sus alas como un rayo amarrado,
y estremece las rejas, y se clava los dientes
en los dientes del trueno.

MIGUEL HERNANDEZ

Hoy quiero tu dolor
"Una gran soledad"

para encontrarlos
y bajo la tierra reconocernos.
"de ruidos"



Vuelvo atrás y grito ¡Donde ha estado la justicia!, pero
me responde el miedo ya casi vencido por el olvido y me dice
no
La palabra se quedó encarcelada con
y los hombres con tu memoria.
en que profundidad ayer
se quedó tu cuerpo?
Hoy vuelvo y me miro a ti,
las abdo
dejo caer mi voz

LORENZO SAVAL

Lorenzo Saval

Lorenzo Saval